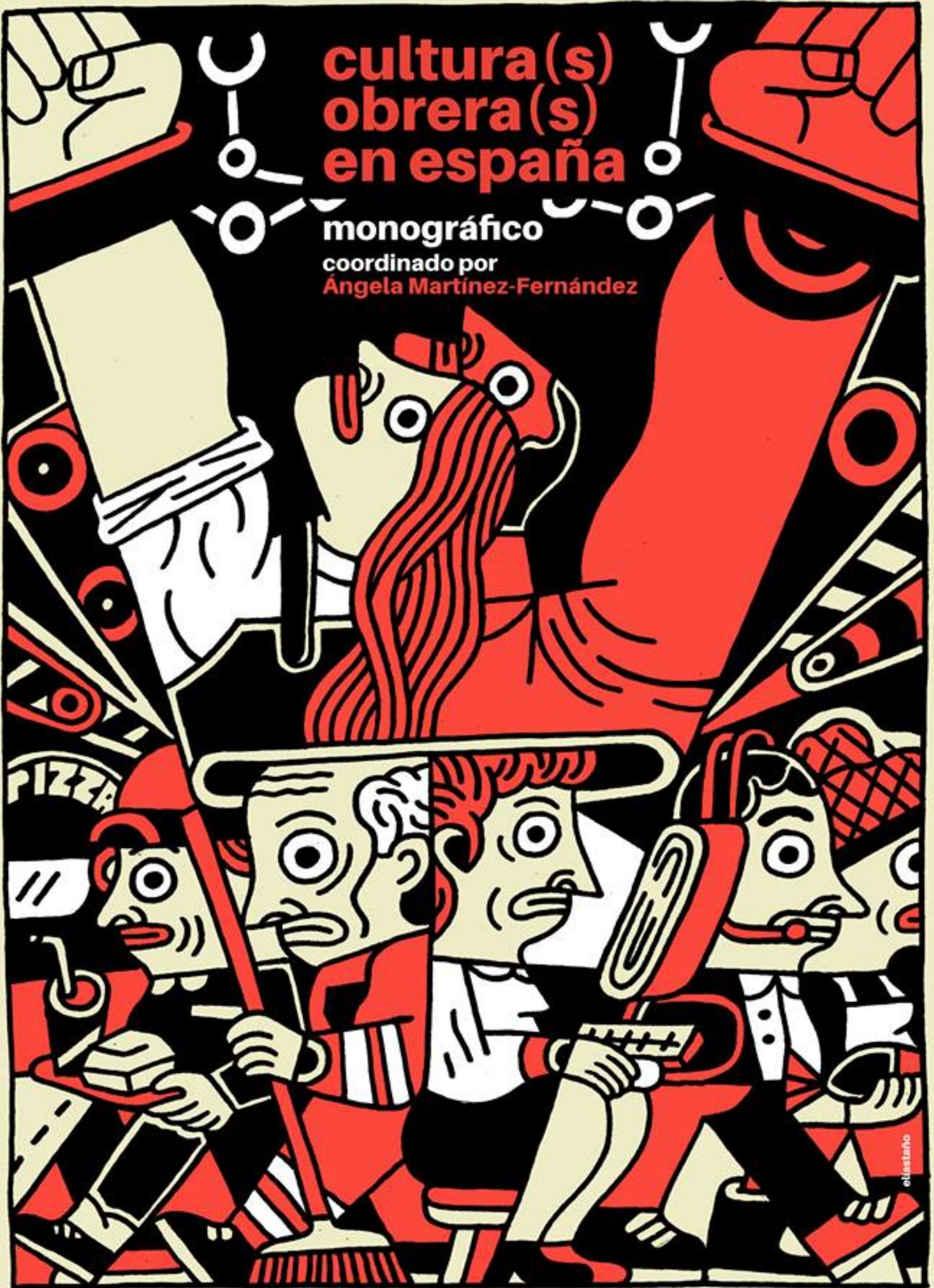


cultura(s) obrera(s) en españa

monográfico

coordinado por

Ángela Martínez-Fernández



CULTURA(S) OBRERA(S) EN ESPAÑA

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 14 (2019)

Monográfico coordinado por ÁNGELA MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

Diseño de portada: ELÍAS TAÑO

ÁNGELA MARTÍNEZ FERNÁNDEZ. Cultura(s) obrera(s) en España. 5-64

I. LA HISTORICIDAD DE LAS CULTURAS OBRERAS

RAQUEL ARIAS CAREAGA. Riesgos y manipulaciones en la recuperación de la obra de Andrés Carranque de Ríos. 67-92

GUILLERMO PASTOR NÚÑEZ. Un archivo vivo de la guerra civil española. El auténtico archivo de la guerra. 93-110

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA. La Enciclopedia del Obrero. La revolución editorial anarquista 1881-1923. 111-135

ANTONIO PLAZA PLAZA. El teatro proletario en Madrid. Del grupo Nosotros a la compañía de teatro proletario de César Falcón (1931-1934) 137-177

LUCÍA HELLÍN NISTAL. 'Tea Rooms. Mujeres obreras': una novela de avanzada de Luisa Carnés. 179-202

ROCÍO NEGRETE PEÑA. María Arondo, ¿una voz representativa de las 'bonnes' españolas en París? Clase, género, raza y migración. 203-222

CRISTINA SOMOLINOS. "Las mujeres hacemos fuerza, aunque los hombres quieran negarlo": el trabajo doméstico bajo el franquismo en la narrativa social de Dolores Medio. 223-244

SORAYA GAHETE MUÑOZ. ¿Sexo contra sexo o clase contra clase? El género y la clase en los debates del feminismo español (1975-1980). 245-266

II. UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS. CULTURA VISUAL OBRERA

MAURA ROSSI. Obreros de la imagen: memoria(s) de Gerda Taro. 269-288

MARTA PIÑOL LLORET. Las culturas de la emigración española: reflejos audiovisuales de la clase obrera. 289-316

III. PROPUESTAS PARA Y SOBRE EL PRESENTE

- DAVID BECERRA MAYOR. Leer desde la ruptura. Propuesta teórica para explorar el potencial político de una genealogía literaria interrumpida. 319-348
- CÉSAR DE VICENTE HERNANDO. Cultura obrera: un intento de definición. 349-365
- CAROLINA F. CORDERO. Blocos/batucadas en los barrios obreros de Madrid. La percusión colectiva como cultura de clase. 367-387
- CRISTINA SOMOLINOS. Cartografías de la precariedad laboral: la escritura colectiva de 'Precarias a la deriva'. 389-412

IV. POSIBILIDADES DE INTERNACIONALISMO

- DARÍO DAWYD. Representaciones del sindicalismo peronista en la obra del sociólogo argentino Roberto Carri. Tres momentos, del vandorismo a Montoneros (1967-1974). 415-436
- MARTINA MORICONI. Los trabajadores de la fábrica Jabón Federal de La Matanza en los años setenta: una reconstrucción histórica y diferentes narrativas. 437-467
- MARIANA SOL CANDA 'Un corresponsal en cada fábrica'. La búsqueda de la CGTA para dar voz a las bases en su Semanario. 469-487

V. MATERIALES PARA LA DISCUSIÓN DE LAS CULTURAS OBRERAS

- Un gesto de escucha. De Rigoberta Menchú a Las que limpian los hoteles: aplicaciones y límites de la subalternidad en el cambio de siglo. Conversación con MERCÈ PICORNELL. 491-538
- De la (des)memoria a la sociedad del espectáculo. Descubrimiento, trayectoria y repercusión de la figura de Luisa Carnés. Entrevista a ILIANA OLMEDO. 539-560
- [A tiro de] [Barrio]. Entrevista al colectivo teatral ATIROHECHO 561-575
- ELÍAS TAÑO. Nos creíamos libres. 577-585



LA ENCICLOPEDIA DEL OBRERO:

LA REVOLUCIÓN EDITORIAL ANARQUISTA 1881-1923

Workers' encyclopaedia: the anarchist publishing revolution 1881-1923

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA

UNIVERSIDAD DE GRANADA (España)

a.civantos.u@hotmail.com <http://orcid.org/0000-0002-8766-8374>

RECIBIDO: 29 DE NOVIEMBRE DE 2018

ACEPTADO: 23 DE ENERO DE 2019

RESUMEN: Convencidos de que la revolución social sería imposible permaneciendo dentro de los parámetros fijados por la burguesía, los anarquistas españoles promovieron una transformación sin precedentes de los modelos culturales establecidos que encontró en el mundo editorial una de sus bases más sólidas. En la seguridad de que los sistemas existentes estaban corrompidos y puestos al servicio de la clase dominante, en el tránsito del S.XIX al XX, nuevas fórmulas de producción y difusión de publicaciones fueron ensayadas; nuevos conceptos de lo que era el libro y de las temáticas que debía abordar, abrieron un debate que prendió con fuerza entre los nuevos lectores, transformó el panorama editorial del cambio de siglo y sedujo incluso a muchos burgueses de izquierda, que se inspiraron en él para la rehumanización literaria de los años 30. Conscientes del poder de subversión de este modelo cultural alternativo impulsado por las editoras anarquistas, las oligarquías nacionales reaccionaron con saña ante estas propuestas reprimiendo duramente a los promotores, persiguiendo sus publicaciones y provocando su caída durante la dictadura de Primo de Rivera.

PALABRAS CLAVE: Anarquismo, cultura, proletariado, libros, editoriales, gestión cultural.

ABSTRACT: Once convinced that social revolution would be impossible following the criteria established by middle-class, Spanish anarchists promoted a transformation without precedent of the fixed cultural models that found within the world of publishing one of its most solid basis. Being convinced that existent systems were corrupted and at the service of the leading class, in transition from XIX to XX century, new means of work production and promotion were practised; new concepts of what a book was and what issues it should tackle opened a debate that strongly caught on with new readers; changed the editorial outlook of the coming century completely and even attracted many left wing middle-class people, who were inspired by it for the new literary humanization of the 1930s. Aware of the subversion power of this alternative cultural model motivated by anarchist publishers, national oligarchy reacted with rage to those proposals by strongly repressing the instigators, prosecuting their works and causing their fall under Primo de Rivera's dictatorship.

KEYWORDS: Anarchism, Culture, Proletariat, Books, Publishers, Cultural management.

Civantos, Alejandro

“La enciclopedia del obrero: la revolución editorial anarquista 1881-1923”

Kamchatka. Revista de análisis cultural 14 (Diciembre 2019): 111-135.

DOI: 10.7203/KAM.14.13223 ISSN: 2340-1869

INTRODUCCIÓN

En un periodo de apenas cincuenta años, desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la dictadura de Primo de Rivera, el anarquismo español promovió la más importante transformación cultural de toda la historia contemporánea. El libro, alimento de primera necesidad para el desatendido lector proletario, pero a la vez también semiente imprescindible para conseguir un nuevo orden social, fue uno de los vértices de ese proceso, edificado deliberadamente al margen de lo establecido, impulsado desde medios obreros y con unos mecanismos de producción y difusión del todo ajenos a aquellos con los que la burguesía se consolidaba y publicitaba como el único orden social válido y deseable.

Comoquiera que, hasta entonces, el proletariado había sido del todo excluido del aparato cultural existente, o sustituido por burdas mixtificaciones, tenían que ser, en realidad, los propios trabajadores, totalmente al margen de los sistemas de creación y reproducción cultural convencionales, los que impulsarían esa revolución editorial sin precedentes que se insertaba no ya en un nuevo modelo cultural sino en un nuevo concepto de lo que era la cultura: nada de una bruma o un aroma que envuelve y adorna y que, como la izquierda burguesa y los socialistas pensaban, todo el mundo tiene derecho a alcanzar. Y mucho menos una receta para el ocio. La cultura, para los libertarios, era algo muy distinto: era la puerta abierta al porvenir; permitía no sólo mejorar este mundo sino construir otro: salir de un estado casi de animalidad para ser definitivamente persona. Y la que se promovía desde el *establishment* no contribuía en absoluto a esos objetivos ni a dignificar al obrero sino a perpetuar su postración.

Al paio de detenciones, clandestinidades y padecimientos económicos, con una testarudez olímpica, empleados de taller, linotipistas, quiosqueros, mecánicos, maestros racionalistas, panaderos o sindicalistas de las minas fueron los encargados de alumbrar ese nuevo modelo editorial más que alternativo realmente revolucionario, puesto que no se trataba ya, en modo alguno, de poner a disposición del pueblo la cultura que se le vedaba desde los poderes establecidos: se trataba de crear las condiciones para la emancipación intelectual de los trabajadores, lo que constituía un paso previo e innegociable para la revolución. Crear, en fin, a través del libro, una cultura propia y al margen que vendría a poner los cimientos de un mundo nuevo. De manera que para ellos elevar el conocimiento del obrero era la mayor fórmula de rebeldía: tenía un carácter casi místico, una suerte de apostolado que sacaría a los trabajadores del pozo ciego de la historia.

Punta de lanza de un ambicioso proyecto donde lo popular no era para nada sinónimo de banal, la acracia española puso en pie una alternativa rotunda al modelo editorial establecido que no sólo sedujo a muchos burgueses de izquierda, también hizo temblar a toda la oligarquía nacional que aunó esfuerzos para combatir esa peligrosa cultura al margen, poniéndola bajo los caballos del ejército en 1923.

EL MOTÍN DE LA PRENSA OBRERA

El punto de partida de esta revolución editorial que tan drásticamente iba a transformar el panorama cultural español puede fijarse en 1881, fecha de fundación de la Federación de Trabajadores de la Región Española, que ponía fin a un periodo en el que el movimiento obrero había participado escasa y muy intermitentemente en la movilización social, confiado acaso en la capacidad de las instituciones burguesas para revertir la desventajosa situación del proletariado en las nuevas relaciones productivas. Pretendiendo crear una nueva estructura económica que sustituyera el Estado por “libres asociaciones de productores libres”, con un movimiento sindical potente, antipolítico y colectivista, circunscrito además a la problemática del proletariado nacional, la FTRE demarró pronto hacia posiciones insurreccionales disolviéndose en 1888 para abrir la caja de los truenos del movimiento obrero más radical y combativo, escaldado de escuchar los cantos de sirena de una burguesía timorata y dubitativa, incapaz de liderar una transformación real del paradigma social¹.

Así las cosas, es bastante evidente que las primeras cabeceras de prensa obrera se presentaron aún con ese carácter reformista y tibio, algo que se observa, desde luego, en *La Federación* (1869-1874), de Barcelona, *El Obrero* (1869) de Palma de Mallorca, o los madrileños *La Solidaridad*, *El Condenado* y *La Emancipación* (1871-1873) que el propio Engels llegó a calificar de “la mejor publicación de la Internacional” (Madrid, 1989: 69). Todos con un cierto aroma a republicanismo federal, o incluso a mutualismo, que se extiende también a los muy afamados *El Diluvio*, nacido en Barcelona en 1879 y aún más adelante a *El Pueblo*, el legendario diario valenciano dirigido desde 1894 por Vicente Blasco Ibáñez y en el que publicó como folletines algunas de sus primeras obras.

No obstante, como comentábamos, 1881 supuso un punto y aparte con el exuberante florecimiento de una tupida red de cabeceras periódicas que, con cada vez menos hipotecas intelectuales ni matrimonios de convivencia, allanaban el camino a un proceso de conformación intelectual del obrero al margen de los patronos burgueses: subtitulada “eco del proletariado”, la *Revista Social*, semanario dirigido en Madrid por Juan Serrano Oteiza, alcanzó a publicarse de 1881 a 1884, con una tirada media de 10.000 ejemplares. Subtitulado “órgano de los que aman la verdad y el bien”, *Los desheredados*, de Sabadell, también semanal, llegó a distribuirse durante cuatro años ininterrumpidos, desde 1882 a 1886. Interesantísimo es, por otro lado, el caso de *La*

¹ En realidad, como está bien estudiado (Tuñón de Lara, 1973), esta era una característica propia de la burguesía española, también de la progresista o de izquierda, la de no disgustar a los grandes propietarios ni modificar demasiado el statu quo, lo que acaso condujo al estrepitoso fracaso de la “Gloriosa” de 1868 y de la muy experimental y acobardada I República. El proletariado español, que aprendió bastante de aquellas lecciones magistrales, iba a descubrir bien pronto que en el camino de la subversión tenía en realidad muy pocos compañeros de viaje. No obstante, como muestra de aquel paradigma iba a quedar el movimiento obrero morigerado, diplomático y temporizador con el sistema, representado desde 1888 por la UGT, vinculada al PSOE, máximo representante de la “aristocracia obrera” frente al “lumpen” anarquista que militaba en la FTRE. Las cifras, en cualquier caso, son incontestables: 57.934 afiliados en 663 secciones de la FTRE (Congreso de Sevilla, 1882) frente a los apenas 5.000 de la UGT distribuidos en 44 sociedades (Conferencia obrera de Mataró, 1888). Cfr. Pérez Ledesma (1997: 208-213), Abelló Güell (1997: 32-37), Tuñón de Lara (1977, I: 239-253), Gómez Casas (1968: 67-76). Por otra parte, basta con leer *Aurora Roja*, con la que Pío Baroja ponía fin en 1905 a su trilogía “La lucha por la vida”, para observar esos componentes de clase en el proletariado español y en quién depositaba la burguesía intelectual sus simpatías y en quién la épica.

Tramontana (1881-1893), no sólo por tremendamente longevo para lo que era común en estas publicaciones, y por su importancia dentro de la prensa obrera ácrata, sino además por ser causa y bandera activa de la cuestión lingüística, tradicionalmente preterida por el anarquismo. Subtitulado ‘el periòdic vermell’ (el periódico rojo), fue el primer periódico ácrata escrito en catalán, y en él colaboraron, además de Josep Lluas, su director, muchas primeras espadas de la Internacional, como Pellicer, Celso Gomis o el mismo Anselmo Lorenzo.

Y más: *La Justicia Humana* (1886), *El Condenado* (1887), *El Productor* (1887-1890), que también dirigió Josep Lluas, el *Eco de los toneleros* (1887-1893), *El paladín sombrerero* (1892) o el *Eco de Ravachol* (1890-1893), todos ellos de Barcelona; *La Autonomía* (1883), *La solidaridad* (1888-1889) y *La Alarma* (1880-1890) de Sevilla; *Bandera Roja* (1888) o *La Idea Libre* (1893) de Madrid; *El hijo del trabajo* (1882) de Pontevedra; *El Chornaler* (1883-1884), *La Víctima del trabajo* (1889-1891) o *La Cuestión Social* (1892) de Valencia; *El Jornalero* (1889-1890) de Alcoy; *El Corsario* (1890-1891) de La Coruña; *El Combate* (1890) de San Sebastián; *La Revancha* (1892) de Reus; *El Rebelde* (1893) de Zaragoza; *El Oprimido* (1893) de Cádiz; *La Protesta* (1899) de Valladolid; *La fraternidad* (1898) de Gijón, o *El porvenir del obrero* (1898) de Mahón. Baste esta simple muestra para ilustrar el auténtico ‘boom’ de cabeceras anarquistas que se produjo en toda España².

A estas habría que añadir cierta prensa madrileña asociada al “anarquismo literario”, a menudo aceptada con escaso entusiasmo por el proletariado más militante, que la consideraba literaria en exceso y por ello tal vez inocua, fruto más de una postura de aura bohemia que de un enfrentamiento nítido contra las relaciones sociales existentes (Zakopane, 2011: 216–247). Con todo, eran representativas, desde luego, de una actitud inconformista, antiparlamentaria y hasta antiestatalista publicaciones como *El Rebelde* (1903), fundada por Julio Camba; la *Anarquía literaria* (1905), de inequívoco título, dirigida por Ernesto Álvarez; el semanario *Germinal* (1897), de Joaquín Dicenta, o el *Don Quijote* (1902), de Miguel Sawa, que se presentaba a sus lectores como “la revista que se compra pero no se vende” y donde estos podían encontrar semblanzas laudatorias de figuras legendarias del movimiento libertario como Fermín Salvochea o extractos de la justamente reconocida obra de Teobaldo Nieva *Química de la Cuestión Social* que, publicada en 1886, llevó el sugestivo subtítulo de “Pruebas deducidas de la ley natural de las ideas anárquico-

² Una temprana aproximación al “boom” del periodismo libertario puede encontrarse en el clásico de Lily Litvak (1990), *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo* (Barcelona: Anthropos), que dedica al tema el capítulo “La buena nueva: periódicos libertarios españoles, cultura proletaria y difusión del anarquismo (1883-1913)” (pp. 259-289), publicado originalmente en 1981. Véase también de Litvak (2001), *Musa libertaria* (Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo). Aunque el catálogo más completo es el que ofrece Francisco Madrid en *La prensa anarquista y anarcosindicalista desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, tesis doctoral de 1989, parte de la cual puede leerse actualizada en *Solidaridad obrera y el periodismo de raíz ácrata* (2007) (Badalona: ediciones Solidaridad Obrera).

colectivistas”. La más longeva y popular de todas fue, indudablemente, *El Motín*, periódico satírico semanal dirigido por José Nakens³, que extendió sus actividades desde 1881 hasta 1926.

El Motín fue, sin duda, el periódico anticlerical de más fuste y trayectoria de toda España, y llegó a alcanzar los 20.000 ejemplares por número en su segunda época. El pertinaz semanario sobrevivió a censuras, delitos de imprenta, multas y excomuniones contra sus redactores, debidas principalmente a la saña con la que despiezaban al clero ibérico. Arremetieron asimismo contra la farsa del parlamentarismo, contra los socialistas y la monarquía en pleno. A lo que nos ocupa lo más significativo acaso sea que, desde sus inicios, Nakens completaba la labor de su periódico con una pequeña editora de libros, Los libros de *El Motín*, de la que nació, en feliz parto, por ejemplo, una de las más grandes novelas de Alejandro Sawa, la muy breve pero contundente *Criadero de curas* de 1888, además de selecciones de artículos del propio Nakens, de Julio Camba o del venerado Pi i Margall, padre del federalismo. Esta vinculación de los libros a la prensa y por lo tanto al quiosco y no a la librería será uno de los emblemas de la revolución editorial libertaria.

Buena parte del atractivo que esta prensa “antisistema” ofrecía a los nuevos lectores estribaba por un lado en su interés por temáticas “obreras” habitualmente orilladas por la prensa tradicional pero también en la estirpe de sus colaboradores, con frecuencia extraídos de la fábrica o del campo de trigo, autores “sucios” o “impuros”, a pie de calle, procedentes del mundo del trabajo manual y de las realidades más inhóspitas del feudalismo agrícola o de los cinturones industriales. También resultaba realmente atractivo para el nuevo lector proletario un modelo de distribución deliberadamente marginal al “*mainstream* cultural”, mediante quioscos o repartidores, que buscaban a los lectores en barrios fabriles, en ateneos libertarios o en casones de gañanía y que, poco a poco, fue cautivando al proletariado más reacio a la asimilación de los productos ideológicos procedentes de la burguesía.

En definitiva, lo que el proletariado español venía a descubrir con la prensa obrera era un vehículo de formación no sólo más acorde con su fisonomía que el de la prensa precedente sino, sobre todo, más próximo a sus aspiraciones que el muy gastado mundo de “la cultura” en general y del libro en particular, con el que el lector obrero no acababa de identificarse. Por su esmerado traje de élite, su prohibitivo precio o su sesgado catálogo, el libro, al menos tal y como estaba concebido hasta entonces, se encontraba bien lejos de los intereses del nuevo trabajador concienciado. En estas nuevas modalidades de prensa, sin embargo, además de informarse por

³ Último romántico de la burguesía para Federica Montseny o la versión hispana de Bakunin, como lo vio Luis Bonafoux, lo cierto es que a Nakens (1841-1926) le cuadra más el perfil de republicano rabioso que nadie supo encontrarle. Sus vínculos con el anarquismo fueron más bien circunstanciales, pues dio cobijo en la redacción de *El Motín* a Mateo Morral, que huía después del atentado fallido contra Alfonso XIII el 21 de mayo de 1906. Le cayeron dos años por encubrimiento, que rememoró después en *La Celda número 7*. Desde entonces su periódico vendió más y fue más apreciado en los medios obreros, pero nunca frecuentó a los ácratas ni los entendió demasiado. Lo que sí fue es un anticlerical desmedido y sin pelos en la lengua, que hizo frente con bravura a 47 excomuniones y más de 80 procesos contra su periódico. Lo curioso del caso es que quien acabara convertido en azote de la seguridad del Estado, había sido en realidad carabinero en Sevilla, lo cual no lo sacó de la necesidad, ni tampoco lo hizo la prensa, a pesar de las importantes tiradas que alcanzó *El Motín* en sus épocas mejores. “Nací pobre, fui soldado, he trabajado mucho y no soy rico” fue prácticamente su epitafio, cuando la Asociación de la Prensa, para que no cayera en la indigencia, le concedió en 1925, en atención a sus méritos, una pensión vitalicia de 150 pesetas. Además de *El Motín*, colaboró en otros periódicos, como *Los desheredados* o *La Piqueta* y escribió libros de artículos como *Humorismo anticlerical*, *Chaparrón de milagros*, *Calumnias al Clero*, *Picotazos en la cresta* o *La vuelta de Cristo*. Cfr. Íñiguez, Miguel (2008: 1192-1193) y el que se recupera en este [enlace](#).

extenso de la situación político-social del mundo, podía él mismo expresarse en páginas impresas, algo inconcebible antes de esta explosión de periódicos ácratas. Las colaboraciones de militantes y obreros de los distintos ramos eran parte de la esencia de estas nuevas modalidades de prensa, a diferencia de la cuidadosa selección de colaboradores que se hacía en la prensa burguesa y aún en la socialista que adoptaron, como ya hemos visto, una postura mucho más posibilista y aún canónica, si queremos. Díaz del Moral afirma, al respecto, y sin ambages de ningún tipo:

La prensa obrera está llena de artículos de campesinos cordobeses y no son pocos los folletos escritos por manos encallecidas por la azada [...] Los periódicos anarquistas y sindicalistas necesitaban un redactor para leer, interpretar y escribir de nuevo los numerosos artículos de estos colaboradores espontáneos. El socialismo tendría aquí más adeptos si su prensa publicara también este tipo de artículos radicalmente enemigos de todo precepto gramatical (Díaz del Moral, 1979: 217-218).

Lo cierto es que, en un país como el nuestro, en el que el analfabetismo alcanzaba perfiles de espanto⁴, los libertarios, a diferencia de otros movimientos sociales, hicieron, desde el principio, una apuesta muy notable, casi una profesión de fe, por la cuestión cultural, identificada sin tapujos con la educación. El capitalismo iba dejando a su paso en las hazas de labranza, en los esteros, en las viñas o en las fábricas, un auditorio de famélicos y hambrientos que, en el colmo del desamparo, ni siquiera sabían leer y es por ello por lo que la cultura adquirió un papel prioritario para aquellos “apóstoles de la Idea”, conscientes de que ninguna transformación social sería duradera si no se sacaba antes al proletario del oscuro rincón de la ignorancia. Era un proyecto complejo, integral; no era la cultura sin más, el saber por el saber, como distinción o mérito: se trataba de educarse para poder liberarse, “elevar el conocimiento de los menos favorecidos en la creencia de que, de ese modo, se dificultaría el desarrollo de la explotación, favoreciendo al mismo tiempo el desarrollo de la transformación social-revolucionaria” (Madrid, 2006: 4). Esta concepción de la cultura era nueva y, a la vez, muy sugestiva para unas masas de población obrera y campesina asqueadas de la Restauración, de las políticas liberales y de los parlamentos inanes, estafadas por el sindicalismo aburguesado, traicionadas por la iglesia y sumidas en una ignorancia secular desde que tenía memoria el mundo.

Es por ello que el anarquismo fue enriqueciendo su oferta con otro tipo de publicaciones periódicas, como la revista sociológica, a través de la cual muchos obreros y campesinos pudieron conocer la existencia y los descubrimientos de Darwin, Galileo o Copérnico. Las más importantes se dieron en Barcelona: *Acracia* (1886-1888) y *Ciencia Social* (1895-1896), ambas fundadas por Anselmo Lorenzo. Estas dos, junto con *La Revista Blanca* (1898-1905), publicación quincenal de Sociología, Ciencia y Artes, dirigida en Madrid por Federico Urales y Soledad Gustavo, fueron esenciales para conformar una imagen enciclopedista del anarquismo que atrajo a muchos lectores no sólo anarquistas. Todavía más: al margen del color que las inspirara, fueron publicaciones clave, y acaso las revistas divulgativas más importantes de su tiempo. Artículos de sociología, de economía, de ciencia, de botánica o de sexualidad alimentaban la sed de conocimiento de los nuevos lectores, recién salidos del analfabetismo. Asimismo, las primeras figuras del anarquismo español, Farga Pellicer, Ricardo Mella, Anselmo Lorenzo, Teresa Mañé/

⁴ En 1841 sólo un 24.2 % de los españoles sabe leer. En poblaciones rurales del sur de España el analfabetismo escala hasta el 90%. Todavía en 1910 el 59.79% de la población no sabe aún leer ni escribir; en el campo la cifra es aún mayor y se eleva hasta el 82.56%. Cfr. Tuñón de Lara (1977, I: 284-286).

Soledad Gustavo, Federica Montseny o Fernando Tárrida de Mármol (intelectuales que, con frecuencia, rechazaban ya ese apelativo por resultar burgués y, por tanto, inexacto) desfilaban por sus páginas. Y junto a ellas Unamuno, Dorado Montero, Coromines, Brossa, y traducciones de Kropotkin, de Malatesta o de Reclús y aún mapas y cuadros sinópticos y litografías y atlas culturales y amplias sugerencias de lecturas. Estas revistas, significativamente llamadas sociológicas, fueron la verdadera enciclopedia del obrero.

GEOGRAFÍA E HISTORIA DE LA EDICIÓN MARGINAL

En su estudio sobre la lectura obrera en la España del tránsito al siglo XX, José Carlos Mainer afirma, citando a Trotski, que “como la cultura política del proletariado no se corresponde con su madurez artística, ha de parasitar formas burguesas” (Mainer, 1986: 69) y ello es tanto así que los primeros lectores obreros, precaria y deficientemente alfabetizados al margen del sistema en las bibliotecas de las Casas del Pueblo y de los Ateneos libertarios podían encontrarse en ellas lo mismo los *Romances históricos* del Duque de Rivas, las obras de Víctor Hugo, de Walter Scott, de Tolstoi o de Dumas con *el Mío Cid*, *El puñal del Godo* o los *Cuentos de la Alhambra*, donde lo colectivo y lo legendario se unían por mor de lo popular con el pasado pre-industrial, el ruralismo, la tradición y la reivindicación de la importancia creadora del pueblo. De manera que *Ivanhoe* o *Los novios* de Manzoni fueron lecturas obreras, y muy populares, como lo fueron *Fuenteovejuna*, José María de Pereda, *El trovador* de García Gutiérrez o *El Abencerraje*. Por otra parte, autores contemporáneos como Wenceslao Ayguals de Izco, con sus auténticos *best-seller María o la hija de un jornalero* y *Los pobres de Madrid*, Blasco Ibáñez, Ricardo León o, señaladamente, Felipe Trigo facturaban inmensas tiradas de ejemplares, buena parte de las cuales iba a parar a manos de lectores obreros, como está documentado (Fernández Cifuentes, 1982: 74-103). La repercusión entre el público español, que apenas se desembarazaba del analfabetismo, de este tipo de lecturas no debe menospreciarse en modo alguno, pero es evidente que respondía a la más clásica ortodoxia burguesa que intentaba alcanzar nuevos públicos mediante la asimilación sentimental o un vago reformismo, entre moralista y cristiano, que prendió bien entre los lectores. Algo que se explicaría porque, como el propio Trotski afirmaba en 1923, “no sólo no hay una cultura proletaria, sino que nunca la habrá y en realidad no hay motivos para sentirlo. El proletariado ha conquistado el poder precisamente para acabar con la cultura de clase y para abrir paso a una cultura humana. Muchas veces parece que olvidamos eso” (Trotski, 1971: 103). El arte practicado en la nueva sociedad revolucionaria, para empezar, debe ser Arte, según el autor de *La revolución permanente*, y ello requiere del uso solvente de una serie de técnicas y recursos “artísticos” que, al parecer, sólo pueden tomarse del enemigo de clase. En fin, la conquista del poder político puede hacerse utilizando las formas culturales de la burguesía. Y eso, desde luego, podía valer para una parte importante de nuevos lectores proletarios y por supuesto para la “aristocracia obrera” arriba mencionada, que aspiraba a reformar el sistema y no a romperlo, pero en absoluto les valía a los lectores anarquistas más beligerantes, para los cuales la Cultura no era un ente abstracto que todo el mundo tiene derecho a alcanzar: era un instrumento de clase del cual la burguesía se había servido para sojuzgarlos desde antaño. De ahí su esfuerzo ímprobo para impulsar una cultura alternativa o incluso una “contracultura”, entendida esta como movimiento de rebelión contra la cultura hegemónica (Luis y Arias, 2001: 397).

Para los anarquistas españoles del cambio de siglo era evidente que el poder de la clase dominante no se sustentaba únicamente en el control de los aparatos represivos del Estado, pues en ese caso bastaría con enfrentarle una fuerza superior en número para derrocarlo. Para que una clase llegue a convertirse en dominante, como verá con gran lucidez Gramsci, necesita consolidar primero una suerte de hegemonía cultural; esto es: dominar los medios de comunicación y creación e instalarse a través de ellos en las conciencias para poder así “educar” a las clases sometidas naturalizando el orden social existente. La cultura, pues, de la clase hegemónica produce y reproduce constantemente capital simbólico encaminado a legitimar las estructuras de poder existentes, creando así la “ilusión” de que no hay alternativas. Es más: mediante esa “hegemonía cultural” los poderes establecidos podían publicitarse como algo no sólo consolidado o inamovible sino también francamente conveniente. Se trata de esas “formas de violencia simbólica” producidas por los intelectuales que, según Bourdieu, trabajan de manera subrepticia para consolidar los intereses de una minoría selecta. Conscientes de que para combatir la hegemonía ideológica burguesa no se podía contemporizar en modo alguno con sus medios de producción y promoción cultural, los libertarios españoles trataron de desarrollar modelos marginales capaces de promover un horizonte cultural radicalmente distinto al que, con todo su arsenal retórico, proponía la burguesía y en el que, por consiguiente, no podía haber sitio para la cultura adorno, esteticista y lujosa de las minorías selectas, ni tenían cabida la técnica ni la retórica ni la versificación ni lo artístico ni lo bello ni la obra maestra, tal y como estaban conceptualizados desde antaño por el enemigo de clase. De ahí el constante esfuerzo por construir un arte sin arte, por la sencillez, por la verdad sin belleza, por un mundo en fin donde los libros hablen como el hombre⁵.

Es probable que, en su vertiente más práctica, la base de la revolución editorial que aquí abordamos se encuentre en el rechazo deliberado hacia las librerías, consideradas por el proletariado más beligerante sacrosanto templo de la cultura oficial, diseñada, manufacturada y difundida por la élite para proteger sus privilegios, y sede de la más macabra cacharrería burguesa; en fin, una suerte de custodia de los valores que habían permitido la asimilación de la explotación y la desigualdad sin demasiadas preguntas, integradas en un mundo literario desproblematizado y feliz, el único posible, en el que sólo existían conflictos sentimentales. Frente a ello, para el obrero anarquista, el quiosco aportaba un carácter más prosaico y humilde, a pie de calle, próximo a los centros de trabajo y por ello a los problemas reales de los asalariados. El reparto callejero y el contra-reembolso completaban una oferta que, como veremos, trataba de acercar las publicaciones al pueblo esquivando las servidumbres *snobs* de la cultura.

⁵ Con cierta ingenuidad, Federico Urales había apostrofado desde las páginas de *La Revista Blanca*: “maldito sea el Arte que no es sencillo y grande como la Vida, maldito sea el Arte que no tiene como objeto mejorar la existencia del hombre sobre la tierra” (citado en Davamesk, 2011: 214). Y la misma idea será expresada paradójicamente con gran belleza por Felipe Aláiz, convencido de que “el hombre no debe hablar como un libro abierto, sino que el libro abierto ha de hablar como el hombre” (Aláiz, 2012: 5). Para los códigos casi esotéricos de esa producción restringida burguesa, promovida por las élites, así como para los conceptos de “illusio” o de “formas de violencia simbólica”, cfr. Bourdieu (1995); para la función de los intelectuales en las sociedades modernas y el desarrollo de la “hegemonía cultural”, así como sobre lo “nacional-popular”, Gramsci (1973); para observar, por contraste, la posibilidad de una literatura proletaria menos agresiva con los modelos retóricos del arte puro y aun así resultar subversiva, Rancière (2010).

Así las cosas, en continuidad a ese esfuerzo, las publicaciones periódicas ácratas fueron, paulatinamente, incrementando su oferta con libros y fascículos nacidos desde una óptica cultural radicalmente distinta a la que los había precedido y desde los que abordaban temáticas inéditas o regateadas, no siempre con habilidad, por la cultura establecida. La primera de estas publicaciones fue, probablemente, y ya en 1873, *El Condenado*, periódico impulsado en Madrid por el internacionalista de primera hora Tomás González Morago, que empezó a acompañar su periódico con una pequeña colección de folletos, Biblioteca de los Obreros, que será de algún modo el modelo que seguirán proyectos similares como Biblioteca del Proletario, impulsada en 1881 por Juan Serrano Oteiza y vinculada a *Revista Social* en su etapa madrileña. Lo había hecho también, como comentábamos más arriba, José Nakens en *El Motín*. También hubo en 1896 una Biblioteca de El Corsario, editada en La Coruña para complementar el periódico del mismo nombre, nacido en 1890. La Biblioteca-editorial coruñesa, sostenida en realidad por el grupo ácrata ‘Ni Dios Ni Amo’, contó además con la inestimable ayuda del militante e incombustible traductor vigués José Prat, presente en la mayor parte de los volúmenes que Biblioteca de El Corsario puso en la calle, y figura principalísima en el movimiento editorial anarquista⁶.

La Biblioteca de La Huelga General, asociada a *La Huelga General*, el periódico financiado en Barcelona desde 1901 por Francisco Ferrer i Guardia, es otro caso singular, e incluía en su catálogo títulos antimalthusianos de Paul Robin, o feministas de René Chaughi, de larga fortuna editorial en nuestro país, aunque siempre fuera de los circuitos convencionales, y bandera de movimientos sociales apenas conocidos entonces entre nosotros. Asimismo, figura entre los hitos de Biblioteca de la Huelga General la primera edición del más polémico de los libros de testimonio pacifista que se editara en España, *Manual del Soldado*, que generó detenciones, persecuciones e incautaciones sin cuento mientras seguía difundiendo imparable para espanto de las autoridades. Ferrer i Guardia repetiría más adelante la experiencia con Publicaciones de La Escuela Moderna, editorial complementaria a su proyecto pedagógico y, como Biblioteca de La Huelga General, con asesoramiento de su gran amigo Anselmo Lorenzo. Esta última iniciativa es, además, especialmente importante toda vez que ilustra a la perfección el impulso de difusión cultural ácrata, al margen de cualquier sectarismo y apostando por un proyecto integral que pusiera al alcance de los lectores modestos todos los saberes. A Publicaciones de La Escuela Moderna se debe, por ejemplo, la edición por vez primera en España, entre 1906 y 1909, de la obra magna de Eliseo Reclús *El Hombre y la Tierra*, portentosa obra de geografía social, humana y económica en seis volúmenes que fue la consagración definitiva del darwinismo en las ciencias a nivel internacional. Traducida por Anselmo Lorenzo y revisada por Odón de Buen, la obra, que fue distribuida en fascículos, es todo un hito de la ciencia contemporánea, como enormemente meritoria fue la serie “Los Grandes Pensadores”, que hizo mítico su logo de presentación (con la

⁶ El periodista vigués (para algunos barcelonés) José Prat (1867-1932), vinculado también como administrador a la Escuela Moderna de Barcelona, fue un activo divulgador y propagandista ácrata, entre Barcelona, La Coruña y Buenos Aires. La temprana fundación a principio de siglo de la importante revista *Natura*, de Barcelona, desde donde difundió los más destacados avances de la ciencia moderna, marcó su vocación por la difusión cultural. En su exilio londinense de 1896 conoció en persona a Malatesta, Gori, Hamón y otros, cuyas obras fue el primero en traducir al castellano. Publicó artículos, ensayos y hasta novelas; dio conferencias en sociedades obreras repartidas por toda la geografía nacional, y mitineó incansablemente. Le debemos títulos como *A las mujeres*, *La barbarie gubernamental en España*, *Crónicas demoleadoras*, *En pro del trabajo* o *¿Herejías?*. Sin embargo, su labor más destacada es la de traductor, y en puridad a él se deben muchas de las primeras traducciones en nuestro país de Malatesta, Blanquí, Pietro Gori, Fabbri, Hammon, Converti, Fauré o Kropotkin. Cfr. Íñiguez (2008, II: 1377-1378) y el que se recupera en el siguiente [enlace](#).

silueta del Pensador de Rodin), poniendo en la calle, con periodicidad mensual y a muy bajo precio, títulos de Victor Hugo, Zola, Voltaire, Stuart Mill, Spencer, Proudhon, Darwin, Dickens o Diógenes Laercio, entre 1915 y 1917. Con los fascículos de *El Hombre y la Tierra* o las series populares de “grandes pensadores”, Publicaciones de La Escuela Moderna puso al alcance de los lectores de economía precaria lo mejor del pensamiento, la ciencia y la cultura con un éxito fuera de toda previsión, algo que llevó a la editorial Maucci a hacerse con los derechos de explotación del catálogo. Que las editoras comerciales anduvieran detrás de las editoras alternativas es, sin duda, la mejor muestra de su gran aceptación popular y de que habían conseguido llegar, indiscutiblemente, a un nuevo y hasta entonces desatendido público lector, pero también de que el proyecto cultural de la acracia no era, ciertamente, un coto vedado.

Para el cambio de siglo, la avalancha de publicaciones “marginales” era ya una realidad imposible de ocultar. Juan Díaz del Moral, notario cordobés que vivió aquel proceso, hablaba de una auténtica inundación de literatura anarcosindicalista en Andalucía, que llegaba a todas partes (no como los libros o la prensa burguesa) y que empezaba a transformar los hábitos y costumbres de los otrora dóciles trabajadores del campo:

El anhelo vehemente de aprender invadió a las masas. Se leía incesantemente: de noche en los caseríos, de día en la besana; durante los descansos (cigarros) se observaba siempre el mismo espectáculo un obrero leyendo y los demás escuchando con gran atención. Un periódico era el regalo más agradecido que podía hacerse a un obrero que estuviera de varada. Con la comida llevaban los jornaleros en las alforjas algún folleto o algún periódico. En cualquiera de los pueblos sindicalistas se recibían muchas centenas de ejemplares de la Prensa de sus ideas, que compraban hasta algunos que no sabían leer. (Díaz del Moral, 1979: 274)

El crecimiento de este tipo de publicaciones fue, ciertamente, exponencial, transformando todo el panorama de la edición en España, que alcanzaba en 1915 el pico máximo de títulos publicados, dando una buena muestra de los avances de la cultura popular mucho antes de que la Generación del 27 intentara agitar esa bandera. Teniendo en consideración que muchas de aquellas publicaciones no se inscribían, por lo general, en el Registro de la Propiedad Intelectual, la cifra de títulos puestos en la calle podría ser, a todas luces, hiperbólica. Muchas editoriales comerciales, como hemos visto hacer a Maucci, se subieron también al carro de las “bibliotecas obreras”, no siempre de manera edificante. También está documentado el duro golpe que para este nuevo entramado editorial supusieron las actividades represivas impulsadas por el Directorio militar de Primo de Rivera desde 1923, con prohibiciones, secuestros de tiradas completas, precinto o subasta de imprentas (que fueron despiezadas, a menudo, como en *La estrategia del caracol*, para trasladarse a otra parte), y persecución de técnicos, impresores y hasta repartidores. Para 1925 el mercado editorial español había reducido sus cifras a la mitad.

PRODUCCIÓN DE LIBROS Y FOLLETOS

AÑO	Nº DE TÍTULOS PUBLICADOS
1901	1.318
1905	1.937

1910	3.438
1915	4.832
1925	2.754

Fuente: Cendán Pazos (1972: 119)

Siguiendo la estela de las colecciones asociadas a la prensa obrera, muchos talleres gráficos o pequeñas editoras anarcosindicalistas se lanzaron al mundo de lo que se podría denominar, sin miedo al anacronismo, edición “contracultural”, desde el convencimiento de que la vía oficial estaba corrompida y puesta al servicio de las clases dominantes. La gran mayoría de estas editoriales ‘underground’ *avant la lettre*, hasta los procesos represores de 1923, se localizaba, como no podía ser de otra manera, en Cataluña, principal baluarte no sólo del anarquismo sino también del proletariado más comprometido del país. La más importante de estas acaso sea Biblioteca Tierra y Libertad de Barcelona, antigua cabecera vinculada a la familia Urales y a *La Revista Blanca* pero muy radicalizada al ponerse al frente de ella en 1912 el heroico impresor Tomás Herreros⁷. Le seguirán, también en Barcelona, Nuevo Horizonte, Imprenta Salvat, Dutch y Ferré, la Imprenta Germinal (en solitario o asociada a otros proyectos, como el de Biblioteca Tierra y Libertad), la más antigua Biblioteca Salud y Fuerza, la ya citada editorial Publicaciones de la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia, La Revista Blanca o incluso la muy activa tipográfica del Sindicato del Vidrio barcelonés, la llamada Biblioteca el Cráter Social del Ramo del Vidrio, pero también el grupo Prometeo, el Instituto Naturista Hispano-Americano, la Agrupación de Cultura Racional, Publicaciones de Acció Popular o la editorial del Ramo del Transporte de Barcelona. Asimismo, habrá que contar las publicaciones en ocasiones únicas de las cooperativas de diferentes ramos sindicales y de los comités pro-presos, que no fueron en Barcelona pocos,

⁷ Tomás Herreros (1877-1937) es figura fundamental en la difusión y popularización del libro anarquista y cualquier intento serio de historiar el fenómeno habrá de colocarlo a él en el vórtice. Tipógrafo de profesión y militante desde la adolescencia en el sindicato del Arte de Imprimir barcelonés, se había significado de manera importante para el movimiento libertario cuando abandonó los talleres tipográficos del periódico lerrouxista *El Progreso*, en los que trabajaba, por desavenencias con el líder del radicalismo republicano catalán. Desde entonces su presencia en el sindicalismo libertario será notable. Herreros será uno de los mayores impulsores del concepto culturalista del anarquismo. Muy ligado a Ferrer i Guardia, será detenido durante la “Semana Trágica” por su intenso activismo. Líder indiscutible de los comités pro-presos de Cataluña, los más agresivos de España, Herreros fue asimismo pieza clave de las relaciones entre los anarquistas españoles y argentinos. Participa en la fundación de la CNT en 1910 y formará parte de su Consejo de Dirección, con el seudónimo de Timoteo Herrero. Ese mismo año se pondrá al frente de la legendaria Imprenta Germinal, de cuyas prensas salieron no sólo los libros de Tierra y Libertad sino también los de muchas otras pequeñas editoras libertarias. Desde 1912, con él en la dirección de *Tierra y Libertad* ésta convertirá pronto el libro-folleto en el eje de su proyecto cultural. Herreros será también figura señera en la Huelga Revolucionaria de Agosto de 1917 y en la aún más mítica de “la Canadiense” de 1919. Y en ambas fue detenido. Sus posiciones hacia un sindicalismo más agresivo contra la patronal lo vincularon al grupo Los Solidarios de García Oliver, Durruti o Ascaso, del que fue gran amigo; con ellos estuvo en las jornadas de las que surgió la FAI, y con ellos se exilió a Francia a la llegada de Primo de Rivera. Su momento más fértil como editor fue a cargo de la imprenta Germinal, que fue totalmente devastada en 1921 por las “razzias” del Gobierno catalán. Desaparecida Germinal, la labor de Herreros como impresor fue ya mínima (Biblioteca Tierra y Libertad va a sobrevivir a la imprenta apenas dos años), y al parecer malvivió como librero desde entonces. Fue autor de obras como *Lerroux tal cual es*, *La política y los obreros*, *El obrero moderno* o *Historia de una infamia relatada por el mismo obrero que ha sido víctima de ella*. Cfr. Íñiguez (2008, I: 832-833); Soriano (2002: 409) y la interesante aproximación de Josep Mengual (2018) en el siguiente [enlace](#).

ciertamente, en aquellos años. El resto de Cataluña también contribuyó a impulsar el fenómeno: en Tarragona, además de las publicaciones del Centro de Estudios Sociales, se editaba la muy interesante Biblioteca Acracia, una de las más activas del periodo, dirigida por el infatigable militante ácrata Hermoso Plaja⁸; en Lérida, Lucha Social; en Manresa, la imprenta El Trabajo, y en Tortosa funcionaba la editorial Monclús.

Al parecer, también el levante español fue una importante cantera dentro del proceso de socavación editorial emprendido por el anarquismo. En especial, la población de Alcoy, Alicante, donde se editaban las colecciones de libros de Generación Consciente y Redención, de los que nació luego la importantísima “revista ecléctica” *Generación Consciente*, dedicada al naturismo, la educación sexual, el neomaltusianismo, la cultura vegetariana o la nueva ecología, con tiradas de hasta 75.000 ejemplares por número. En Valencia se editó, además de la fundamental Estudios, que fue revista y también editorial, La Guerra Social. En la zona de levante sería interesante destacar la labor de algunas editoras comerciales, como la casa Sempere, que se incorporaron tempranamente a la publicación de obras de corte anarquista, creando incluso su propia marca para la edición de obras de este tipo: Editorial Prometeo. De hecho, el título estrella del catálogo de Sempere fue *La Conquista del pan*, del que llegaron a distribuir 50.000 ejemplares en siete ediciones⁹.

En Galicia, que tenía ya cierta tradición en el mundo de la edición libertaria desde la Biblioteca de El Corsario, ya citada, existió Cultura Libertaria, en Ferrol, además de la Biblioteca Aurora de La Coruña. En Bilbao está documentada la Imprenta La Democrática; en Zaragoza, la Federación Obrera y la Biblioteca Cultura; en Gijón, Publicaciones del Vidrio y editorial Acción Libertaria; en Mahón, Los Incansables; en Alayor, Mallorca, está localizada una Biblioteca Educación. En Canarias sabemos de la existencia de al menos dos Bibliotecas de Cultura Obrera, una en las Palmas y otra en Tenerife.

Se han localizado también algunas de estas pequeñas editoriales anarcosindicalistas en distintos lugares de Andalucía: en Sevilla existió, por ejemplo, la importantísima Biblioteca del

⁸ Camarero, obrero del corcho, repartidor de prensa, cantinero en un cuartel y, al fin, tipógrafo y linotipista, Hermoso Plaja Saló (1889-1982) era hijo de un librero de Palamós y apenas un veinteañero durante la “Semana Trágica” pero aquellos acontecimientos lo decidieron definitivamente, como a tantos, por la vía revolucionaria. Militante de la CNT, Plaja dirigió, además de *Acracia*, la fascinante y olvidada revista sociológica *Fructidor* y el periódico cenetista *Solidaridad Obrera* en el tumultuoso año de 1923. Junto a su mujer, Carmen Paredes Sans, impulsó además diversos proyectos culturales anarquistas. Su obra editorial es inmensa, a través de la legendaria Imprenta Gutemberg de Tarragona, o de las editoriales barcelonesas Vértice y Crisol, cuyos catálogos siguió ampliando, infatigable, desde 1939, en el exilio mejicano. Su impresionante legado bibliográfico se conserva hoy en Barcelona, en la Biblioteca Pública Arús. Cfr. Soriano (2002); Íñiguez (2008, II: 1358-1359). La figura del memorioso y compulsivo bibliófilo Hermoso Plaja dejó también un grato recuerdo en el exilio mejicano, en el que permaneció durante la dictadura franquista sin cejar en la difusión cultural del anarquismo. Puede consultarse al respecto en el siguiente [enlace](#).

⁹ El mundo editorial libertario valenciano ha sido estudiado con gran profusión por Navarro (2004).

Obrero, dirigida por José Sánchez Rosa, en labor digna de encomio¹⁰. También en Sevilla editaron el *Despertar del Obrero*, la *Biblioteca el Productor*, el Grupo 11 de Noviembre y la *Biblioteca Económica*; en Cádiz, la *Biblioteca Rebelión*; en Jerez, la *Biblioteca de Cultura Obrera*, y en La Línea al menos dos: *La Protesta* y *La Aurora del Porvenir*; en Montejaque, Málaga, la editorial *Los Nuestros*; en Linares, la *Biblioteca Luz y Vida*, luego trasladada a Torredelcampo, y en Pueblonuevo del Terrible, Córdoba, *Renovación Proletaria*, trasladada luego a Herrera, en Sevilla. Como dato curioso destacar, por ejemplo, que en Córdoba se editó en 1913, una *Biblioteca Recreativa de Propaganda Sociológica*, dedicada en exclusiva a las obras de la “planchadora” y militante feminista Rafaela Salazar¹¹.

Con todo, por la importancia de los títulos y el volumen de los mismos puestos en la calle fue sin duda Cataluña (y a su estela el Levante español) el auténtico vórtice del movimiento editorial revolucionario anarquista, de gran arraigo en la zona. En realidad, este movimiento editorial obrero, combativo y muy politizado, que deja muy atrás el “obrerismo” tibio e inocuo previo a la FTRE, fue mucho más minoritario en Madrid donde, con todo, se han localizado también algunas impresoras de folletos anarquistas: Rubiños, Hijos de Reus editores, la Imprenta de Mario Anguiano, la de F. Peña Cruz, *El Sembrador*, el *Ateneo Sindicalista* o la editorial del Grupo Espartaco, que otras veces se presenta como *Biblioteca Espartaco*.

En realidad, muchas de estas empresas marginales editaron acaso un solo título, épica de muchos de estos proyectos a contracorriente de lo establecido. O editaron con entusiasmo varios títulos en el mismo año para desaparecer después. Junto a ellas hubo otras que desarrollaron en cambio un amplio catálogo, convirtiéndose en referentes del libro político-revolucionario, como las ya citadas *Biblioteca Tierra y Libertad* en Barcelona o la *Biblioteca Acracia* en Tarragona, que son sin duda las más importantes del periodo y las que consolidaron catálogos mayores. Es de destacar asimismo que la mayoría de estas minúsculas empresas editoras, que tanto animaron el mercado del libro, desaparecieron del mapa a partir de 1923, plenamente conscientes las diversas oligarquías nacionales que auparon el Directorio Militar de la peligrosa labor identitaria que suponían para el proletariado. Las publicaciones anarquistas, como ya hemos comentado arriba, fueron de hecho absolutamente cercenadas tras la incorporación de Primo de Rivera al poder, con detenciones, destierros, secuestros, precintos y devastaciones de imprentas, y no será ya hasta los años de la Guerra Civil cuando resurjan con fuerza editoras como *Tierra y Libertad*.

¹⁰ Situada en Calle Enladrillada 49 de la capital hispalense, *Biblioteca del Obrero* funcionó desde 1913 hasta las puertas mismas de la Guerra Civil, lo que la convierte en una de las más longevas editoras ácratas de todo el S. XX. Centrada muy directamente en el aspecto educativo, difundieron principalmente obras de formación racionalista para los más desfavorecidos, entre las que se encuentran los clásicos, compuestos por el mismo Sánchez Rosa, *Aritmética del Obrero*, *Gramática del Obrero* y el *Abogado del Obrero*, de enorme fortuna editorial (el primero llegó a alcanzar las 14 ediciones). De su autor (1864-1936), hijo de un zapatero de Cádiz, jornalero infantil, zapatero de hambrientos, peregrino maestro racionalista en distintas localidades andaluzas, figura esencial de la pedagogía libertaria y fundador incansable de escuelas en Algeciras, Los Barrios, Aznalcóllar o Tánger, sabemos que se avecindó en el entonces muy marginal barrio de Triana, donde instaló su escuela-editorial; que fundó en 1918 la Federación Regional Andaluza de la CNT, intentando crear una específica CNT para el Sur de España; que fue fusilado por el fascio y que es de las pocas figuras anarquistas que ha acabado por poner su nombre a una calle (en su localidad natal, Grazalema). Utilizó en ocasiones el seudónimo de Acracio Liberto. Díaz del Moral (1979) traza de Sánchez Rosa una laudatoria semblanza, pp. 249-253; cfr. también Íñiguez (2008, II: 1870-1871); Soriano (2002: 279) y Maurice (1990: 170-181).

¹¹ Sobre Salazar, Íñiguez (2008, II, 660). Para el repertorio completo de editoras y sus periodos de vigencia, cfr. Soriano y Madrid (2016).

Así las cosas, no cabe la menor duda de que la llegada al poder del dictador jerezano, que ha pasado en muchos casos por campeón de posturas contemporizadoras con el movimiento obrero, en realidad fue el principio del fin para esta notable constelación de editoriales revolucionarias, que no sólo tuvieron parte importante en la agitación obrera del momento, sino que colaboraron también en la transformación del panorama editorial de nuestro país, convirtiéndose además en las primeras lecturas de un nuevo público, el del lector obrero comprometido, que las editoriales comerciales no iban a tardar en disputarse.

FILOSOFÍAS DEL ‘UNDERGROUND’

En la sana aspiración libertaria a una formación integral y subversiva que arrancara a los obreros de la interesada ignorancia a la que habían estado sometidos y a la cultura misma del cuerpo de élite que se había apropiado de ella, los impulsores de esta revolución editorial sin precedentes inundaron pronto las calles de folletos, fascículos, revistas divulgativas o reediciones económicas abarcando un ecléctico caudal de conocimientos en el que se mezclaban sin pudor la lucha obrera, el ateísmo, el antibelicismo, el libro práctico sobre primeros auxilios o higiene sexual, el feminismo, el vegetarianismo, el esperantismo, el control de la natalidad o la eugenesia. Un caudal de conocimientos, además, totalmente inédito en un panorama editorial español donde la burguesía regateaba con torpeza estas temáticas para abanderar un “arte puro” o “artístico”, alejado de lo mundanal, en el que ya casi nadie creía. Estas nuevas temáticas se instalaron entre los lectores españoles gracias al anarquismo, para el que el libro debía estar manchado de realidad, sucio de labrantías y de fábricas, pero también porque parecía que ese desinterés de las élites intelectuales por estas nuevas realidades surgidas del capitalismo o contra él, era ciertamente interesado, como si al no citarlas no les concediera la oportunidad de existir. Contra esa figurada inexistencia luchó también el movimiento editorial anarquista.

Un tema, por ejemplo, como el anti-belicismo, en un contexto como aquel del cambio de siglo, lleno aún de absurdas luchas coloniales, era pertinazmente evitado por la “intelligentsia burguesa”, consciente de lo mucho que se jugaba económicamente con aquellos arrebatos patrióticos. Es por eso que un libro como *Manual del soldado*, subtítulo *Patria, Ejército y Guerra*, editado originalmente por Biblioteca de la Huelga General en 1903, no sólo abrió un camino, como el pacifismo, hasta entonces no transitado sino que, además, fue objeto de una furibunda persecución gubernamental con prohibiciones, requisitos y detenciones, lo que hizo que se le ocultara deliberadamente de los catálogos (en Acracia apareció, en 1919, como “en entredicho por ahora”), que se detuviera a algunos repartidores o “paqueteros” (como Antonio del Pozo), que se persiguiera al traductor Ignacio Clariá y que se evitara el nombre de su autor, probablemente el secretario de la liga antimilitarista francesa Georges Ivetot. Todo ello no impidió que alcanzase los 100.000 ejemplares, se reeditara constantemente y hasta se hiciera una versión en esperanto (Soriano y Madrid, 2016: 256). A *Manual del soldado* siguieron otros títulos de similar suerte, como *Contra el cuartel*, de Pierre Quiroulé, seudónimo del militante anarquista argentino Joaquín Alejo Falconet, editado y distribuido en España por la Biblioteca Aurora de La Coruña en 1917, todo un éxito editorial de circulación clandestina que en 1919 alcanzaba ya la 5ª edición. De manera que, cuando más adelante lleguen al mercado títulos hoy clásicos del

pacifismo internacional, como *Sin novedad en el frente* (1928) de Remarque o *Imán* (1930) de Ramón J. Sender, se instalaran ya en terreno abonado.

La cuestión feminista también había sido rehuida por la cultura capitalista, acaso consciente del cambio de paradigma productivo que aparejaba¹², por eso la aparición de *La mujer esclava* de René Chaughi en la Biblioteca Salud y Fuerza en 1907 causó conmoción y alcanzó antes de 1923 ocho ediciones más, en solitario o junto a *La mujer pública* de Paul Robin, abriendo un camino que habrían de frecuentar también Ana Maria Mozzoni con *A las hijas del pueblo*, (publicada, entre otras editoras marginales, por Juventud Libertaria, Salud y Fuerza o Acracia), Galo Díez con *La mujer en la lucha social* (que apareció en Renovación Proletaria), o Alejandra David con *Feminismo Racional*, que apareció también en Salud y Fuerza en 1911 en traducción de José Prat.

La educación de los más desfavorecidos, con la infinidad de gramáticas y aritméticas para obreros que surgieron con posterioridad a la de José Sánchez Rosa en 1909 en la sevillana Biblioteca del Obrero, o la *Enciclopedia de Enseñanza Popular Superior*, proyectada por La Escuela Moderna en 15 volúmenes, de los cuales sólo salieron cinco entre 1913 y 1915; las cuestiones más básicas de salud, de higiene y control de natalidad, en las que halló un filón la valenciana Biblioteca Salud y Fuerza, con títulos tan populares como *¡Huelga de vientres!*, de Luis Bulffi, todo un *best-seller* anticonceptivo de 1906, o la divulgación de cuestiones prácticas sobre derecho laboral (*el Abogado del Obrero*, de Sánchez Rosa; *la Ley de los salarios* de Guesde, ambos muy divulgados), pero también cooperativismo o economía fueron otros tantos temas que no sólo hicieron su debut entonces para los lectores españoles sino que acabaron marcando tendencia y encontrando incluso su nicho de mercado. Además de historia, geografía, naturismo, reportajes de actualidad social, novela protesta, lírica incendiaria, épica anticlerical, como el mítico poema *¿Dónde está Dios?* de Miguel Rey, con sus 24 ediciones hasta 1923, o colecciones de biografías de las nuevas figuras del olimpo proletario. En realidad, el nexo entre el alud de títulos que difundieron no era otro que el de una literatura consciente, consciente del momento histórico que se vivía y consciente también del papel protagonista del movimiento obrero en el mismo. Había, pues, que huir del esteticismo, del engolfamiento formal y el culto a la belleza que caracterizaba a las publicaciones de la burguesía.

Otro aspecto a destacar es el de los intelectuales, que no debían ser una especie exótica, “*au-dessus de la mêlée*”, inefables vates o rapsodas de la sensibilidad humana. Nada de eso. Para los anarquistas un escritor podía –y debía, de hecho- ser cualquiera. No alguien por encima de la masa sino procedente de ella, alguien sacado de la raíz del mundo y no de sus ramas más altas. Es por ello que en la revolución editorial del anarquismo ocuparon un papel muy destacado los escritores no intelectuales o anti-intelectuales, autores de poco mérito si se les medía desde los interesados patrones de la cultura burguesa, basada en retoricismos de manual, pero profundamente valiosos si se cambiaba el marco de referencia. Así, Elías García Segarra, habitual de colecciones como La Novela Ideal o La Novela Roja, era ferroviario en el Norte y propagandista por el hecho, lo cual lo llevó con frecuencia a las cárceles en las que fue escribiendo sus estimulantes novelas de prosa mestiza entre la calle y la lírica; Mauro Bajatierra, autor de cancioneros, obras teatrales, novelas sociales y reportajes de mérito (su *En tierras de*

¹² Es imprescindible para entender las dimensiones reales de la cuestión Federici (2017), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de sueños (8ª edición).

Zapata sobre la revolución mejicana alcanzó los 60.000 ejemplares) era panadero en Madrid; José Sánchez Rosa, jornalero y zapatero remendón en Grazalema antes de maestro rural y autor de la célebre *Aritmética del Obrero*; Galo Díez, autor del muy popular panfleto feminista *La mujer en la lucha social*, era mecánico en Bilbao; Carmen Paredes, editora de Acracia, modista y militante del sindicato del vestir; Vicente Ballester, que firmó impactantes títulos para La Novela Roja como *La voz de la sangre* o *Escoria Social* era un esmerado ebanista de Cádiz. La lista sería casi infinita¹³.

A la novedad de los temas y de los autores vino a sumarse la de los formatos, mucho más cercanos, como ya venimos comentando, a la revista o al fascículo que al libro, cambiando por tanto el paso de lo que la cultura establecida venía a considerar como tal, y emprendiendo asimismo una reivindicación activa de la vieja literatura de cordel, que volvía a cobrar carta de naturaleza como la encarnación más pura de los valores plebeyos. Los impulsores de la edición ácrata utilizaron básicamente el cuadernillo o folleto como eje de su revolución editorial. Se trataba de pliegos en 8º que, plegados, ofrecían de 16 a 32 carillas de texto, generalmente a dos columnas. Con el mismo papel de prensa hasta para la portada, el folleto era económico, manejable, pronto para la ocultación en situaciones comprometidas, cómodo de transportar y distribuir en trances complicados, con tramoya casi de prestidigitación... Y, sobre todo, era un producto de quiosco o de reparto callejero, modesto, sin prestigio, sin voluntad alguna de incorporarse al sacrosanto templo burgués de la librería. Las más de las veces carecía de cubiertas, que encarecían el producto al tener que utilizar nuevas planchas de imprenta o encargarlas aparte, de manera que aparecían directamente con la portadilla interior, y a menudo incluso con el propio texto, para ganar más páginas de contenido. Las más lujosas disponían sobre la primera página una laminilla de papel cebolla, y a veces, una ilustración o, más raramente, un medallón ovalado con la fotografía o retrato del autor. Por lo general, se trataba de volúmenes siempre a una tinta y en papel corriente de rotativa, con fondo oscuro. Los formatos más habituales eran de 17 x 12 centímetros o de 16 x 11, y los precios económicos, entre 15 y 25 céntimos. También había ediciones gratuitas y, con no escasa frecuencia, ediciones benéficas, con el objeto de recaudar para algún comité o protesta sindical, o incluso sostener alguna viudez fruto de la lucha obrera. Haciendo gala además de ese enciclopedismo cultural que los libertarios aspiraban a poner en boga se editaron también títulos más ambiciosos y extensos distribuidos en fascículos coleccionables a los que luego se podían comprar tapas para encuadernar. El más importante de todos los de este tipo fue sin duda *El Hombre y la Tierra*, la magna obra de geografía social de Eliseo Reclús ya comentada, que consolidó definitivamente el darwinismo en los análisis culturales y que fue publicada en cuadernillos de gran formato (30x22 cm) entre 1906 y 1909 por la editorial barcelonesa Escuela Moderna en traducción de Anselmo Lorenzo. La obra completa sumaba 3.500 páginas en 6 volúmenes e incluía 1.200 grabados y 500 mapas, y fue reeditada varias veces, prueba del éxito indiscutible entre los lectores no sólo anarquistas de un texto crucial para el nacimiento de la geografía humana pero que había tenido que ser “descubierto” por editoriales subterráneas o marginales.

Otra de las formas más habituales de difusión cultural ácrata fueron los Almanques. Los editaban La Tramontana, Revista Social, Generación Consciente, Tierra y Libertad, La Revista Blanca o Estudios. En realidad, eran extensos compendios divulgativos que, con el pretexto de

¹³ Para los citados cfr. Íñiguez (2008): I, 738; I, 181-182; II, 686-687; I, 527-528; II, 392; I, 188-189.

calendarios, funcionaban como suerte de pequeñas y eclécticas enciclopedias, o “amenidad científica, filosófica, crítica y revolucionaria”, como presentaba el de 1915 Tierra y Libertad. Podían alcanzar las 200 páginas y se vendían habitualmente a una peseta. Otra tendencia significativa fue la edición de pósteres. Promoción editorial o nueva y revolucionaria forma de aproximación a la cultura, algunas de ellas editaron y distribuyeron los conocidos como “retratos de hombres eminentes” (entre los que se incluían Bakunin, Kropotkin, Tolstoi, Pi i Margall, Francisco Ferrer o Anselmo Lorenzo) que en tamaños de 50 x 32 o 55 x 40, se vendían a una media de 60 céntimos. Sabemos que lo hicieron al menos Publicaciones de La Escuela Moderna y Biblioteca Acracia, generalmente con extractos de la obra del retratado en el anverso. En esa misma línea, también Biblioteca Acracia, siguiendo en esto una práctica iniciada en 1905 por la editorial La Huelga Revolucionaria, editó postales, que aparecen en su catálogo desde 1918, combinando grabados con extractos de títulos de su catálogo sobre temas como “la Igualdad Burguesa” o “los Mártires de Chicago”. Se vendían a cinco céntimos la unidad.

Como puede deducirse, la política de precios fue también esencial dentro de esta revolución editorial que pretendía llegar hasta los bolsillos más humildes. En el cambio de siglo, los jornaleros agrícolas raramente llegaban a las tres pesetas en tiempos de cosecha; lo habitual era 1,50. Un peón de albañil en Madrid y Barcelona cobraba 4 pesetas en torno a 1900; un empleado metalúrgico podía alcanzar las 5,50 y los tipógrafos, especialmente los cajistas, hasta 7 pesetas, que era el sueldo más alto para un obrero de aquel tiempo, pero ni siquiera ellos podían permitirse las en torno a cuatro pesetas de media que podía costar el volumen en una editorial comercial, máxime si el kilo de garbanzos se pagaba en Barcelona a 1,25 y el de carne de ternera a 2,15 (Tuñón de Lara, 1977, I: 277-282). La media de precios de un folleto anarquista, en cambio, rondaba los 20 céntimos y fue bastante estable durante casi treinta años. El lector interesado podía leer las 48 páginas de *Entre Campesinos* de Malatesta por 15 céntimos en 1889, en su primera edición española, y seguía pagando lo mismo en 1920 cuando Tierra y Libertad lo reeditaba por enésima vez. El célebre drama en un acto *Primero de Mayo* de Pietro Gori costaba 10 céntimos en 1897, cuando apareció como número 6 de la Biblioteca El Corsario, lo mismo que el legendario poema anticlerical de Miguel Rey *¿Dónde está Dios?*, aparecido en 1889 en la tipográfica La Academia de Barcelona, que osciló entre los 10 y 15 céntimos durante los más de 40 años que anduvo reeditándose. Pero incluso obras de mayor extensión se ponían a la venta a precios muy reducidos: *La conquista del pan* de Kropotkin, con más de 300 páginas, se vendía a 1,50 en la Biblioteca El Corsario en 1896 y al mismo precio todavía en 1933, cuando la editorial valenciana Estudios hacía la 17ª edición española. La Escuela Moderna vendía a 50 céntimos entre 1906 y 1909 cada fascículo de la monumental *El Hombre y la Tierra* de Reclús, y Sánchez Rosa vendía a 75 céntimos el ejemplar de su *Aritmética del Obrero*, de 150 páginas. Pero es que, además, un lector obrero podía leer a Voltaire por 10 céntimos en Biblioteca Aurora, a Tolstoi por 30 céntimos en Estudios y a Diderot, Zolá o Darwin por 50 céntimos en La Escuela Moderna. No obstante, es evidente que lo reducido de los precios ayudó a consolidar el libro popular anarquista pero no creó la demanda de por sí. El lector obrero no acudía a estos libros solamente por sus precios sino porque ofrecían contenidos y formatos distintos a los libros de la burguesía, aportando algo que no estaba en el libro burgués y que los representaba desde luego mucho mejor como clase social distinta y concienciada de sí misma. Y además eran baratos.

En cuanto a la distribución, la había de dos tipos. La distribución interna, entre los miembros del sindicato, los trabajadores de las industrias con mayor número de empleados o los lectores afines, para la que se utilizaba una nutrida red de “paqueteros”: una especie de corresponsales o agentes comerciales, a menudo trabajadores de las fábricas o simpatizantes libertarios que se encargaban de hacer llegar los títulos a los nuevos lectores a cambio de descuentos en la adquisición misma de los libros. Un sistema de distribución sin ánimo de lucro que fue bastante utilizado por las pequeñas editoras, pero que les dio también notables quebraderos de cabeza, a cuenta de requisitos, detenciones o impagos, puesto que los paqueteros eran a menudo militantes obreros vigilados por la policía.

En cualquier caso, estos “paqueteros” o corresponsales suponían toda una alternativa de distribución al sistema comercial de su tiempo, y también en buena medida un desafío al *establishment* que les permitía llegar más lejos y de manera menos rutinaria a lectores de cualquier rincón de la geografía nacional. El “paquetero” poseía además una lista de suscriptores a los que hacía llegar contrarrembolso los títulos solicitados. Los había en Gallarta, en Mahón, en Huelva, en Sestao, en Corcubión, Santander, Alayor, La Coruña, Elda, Vigo, Cabra, Torrelavega, Montejaque, Aznalcóllar, Santa Coloma, Monóvar, Logroño, Osuna, La Línea, Palamós o Pueblonuevo. En definitiva, donde no había una distribución comercial reglada: en los rincones más olvidados de España. Asimismo, se ha documentado la existencia de “paqueteros” de las distintas editoriales revolucionarias en el extranjero. Biblioteca Tierra y Libertad, por ejemplo, disponía de un agente permanente en Marsella, que distribuía en otros países francófonos, como Bélgica, además de EEUU. Renovación Proletaria, con su sede en un inhóspito enclave rural cordobés, disponía de distribuidores de “paquetes” en Francia, Argentina, Brasil, Chile, Cuba, Méjico, Puerto Rico y Perú. Ahí es nada (Soriano y Madrid, 2016: 29-31). A menudo, la distribución por “paqueteros” respondía a un sistema piramidal, donde un agente recibía el grueso de un pedido y lo hacía distribuir mediante otros agentes que, según las circunstancias, podían necesitar, a su vez, la colaboración de otros distribuidores. El proyecto cultural anarquista pretendía llegar a todas partes. El volumen de ventas a través de este sistema era elevado al parecer, y fue bastante represaliado por patrones y empresarios. Muy a menudo, y haciendo de la necesidad virtud, los “paqueteros” disociaban la labor de distribución de la de cobro, lo cual hacía más difícil los requisitos o las detenciones. Con todo, al parecer éstas eran frecuentes.

Por otra parte, la distribución externa se hacía fundamentalmente a través de quioscos, método de distribución absolutamente novedoso que, como comentábamos al principio, sacaba al libro de las librerías y que, de hecho, está en la base del cambio de paradigma que supuso la irrupción del movimiento editorial libertario. La importancia en este punto de la Unión de Quiosqueros de Barcelona fue notable, pues apostaron desde el principio por el nuevo producto haciendo una gran labor de difusión del mismo, además de que algunos de estos editores ácratas regentaban también quioscos. Se producía el mismo fenómeno en Madrid, en Bilbao o en Valencia, lugares en los que los voceadores de prensa ácrata hicieron asimismo una labor encomiable de distribución cultural. Este método era sin duda más seguro que el de los “paqueteros”, pero quedaba limitado a las grandes ciudades. No obstante, el interés por el libro obrero de editoriales comerciales y con cierta trayectoria, como la casa Sempere de Valencia, o Maucci en Barcelona, fue propiciado por las elevadas ventas de este tipo de libros y folletos en los quioscos de prensa.

Resta consignar la distribución directa a sociedades, grupos ácratas, naturalistas, esperantistas, ecologistas, ateneos racionalistas, escuelas libertarias u organizaciones solidarias de la más diversa factura. La recepción la efectuaba la sociedad en su sede y de ahí podía pasarse a la distribución y venta entre los socios, o a la misma Biblioteca de la sociedad, desde la que se prestaba a los simpatizantes. Como se ve todos eran métodos muy comunales, colaborativos y solidarios. Marginales, en efecto, pero que no dejaban a nadie al margen. Y no hará falta insistir en la absoluta vigencia que estas prácticas siguen teniendo en la actualidad para muchos colectivos.

Por último, por lo que respecta a la publicidad, también la labor de estas pequeñas editoriales fue de todo punto avanzada y aún hoy buena parte del mundo del libro puede considerarse en deuda con ellas. Por un lado, utilizaban los periódicos obreros y la prensa sindical para publicitarse, sacando de nuevo al libro del reducido ámbito de “lo literario”, al que había sido arrinconado, en su opinión, por la cultura burguesa; también incluían catálogos de sus próximos lanzamientos, o de los ya publicados, en las páginas finales de cada título o en la misma contraportada, lo que sucedía a menudo, de manera que despertaran el interés del que ya había adquirido un título por conseguir otros similares. Fueron pioneras en la publicidad exenta, elaborando listas de títulos publicados en hojas volanderas, o a modo de marcapáginas, con los que se obsequiaba a los compradores más fieles. Por su parte, estas pequeñas editoras anarquistas fueron también de las primeras en utilizar el método del “adelanto editorial”, distribuyendo gratuitamente capítulos de libros de su catálogo, así como cuentos o poemas sueltos de sus colecciones de narrativa o poesía, con objeto también de despertar el interés de los lectores en adquirir las obras a las que pertenecían.

Ni que decir tiene que las prácticas que hemos mencionado no sólo suponían una total subversión del sistema editorial tal y como se le conocía hasta el momento, sino que van a ser la punta de lanza de los más modernos procesos editoriales, de entonces a esta parte, por cuanto se ajustaban bastante mejor que los preexistentes a la realidad social y alcanzaban nuevos públicos, escapando del reducido recinto de las prácticas comerciales burguesas y de su modelo de cultura. En no poca medida, supieron ver las necesidades del mercado y los intereses del nuevo público lector, desertor heroico y reciente del analfabetismo. En definitiva, la deuda que la literatura social y política contrajo con estas pequeñas editoras obreras es sin duda cuantiosa, pues enseguida van a ser fuente de inspiración para editoriales republicanas y socialistas de la década siguiente, pero no lo es menos la del actual mundo de la cultura de masas, que acaso desconozca los singulares vasos comunicantes mediante los cuales se dio a luz a estas técnicas hoy tan frecuentes dentro del árbol genealógico del mundo editorial (Martínez Martín, 2001: 479-483).

LA REVOLUCIÓN EDITORIAL EN CIFRAS

Aunque por su mismo carácter subterráneo, deliberadamente marginal y a través de circuitos que pudiéramos denominar ‘*underground*’, resulta bien difícil hacer una estimación precisa del número de ejemplares vendidos y hasta del número de ediciones (pues se confundía con frecuencia edición con reimpresión), es más que evidente que el impacto de estas editoriales al margen y la gran variedad de publicaciones que pusieron en la calle, fue muy notorio y supuso una competencia ciertamente molesta para el *establishment* pero también la apertura a un mercado

muy sugestivo para otras editoras más arriesgadas que, bien por razones meramente comerciales o para revestirse de cierta especificidad ideológica, iban a servirse del fenómeno a no mucho tardar¹⁴. Esta espectacular irrupción de publicaciones modestas, precariamente editadas y distribuidas de forma tozudamente marginal hacía decir en 1901 a Ramiro de Maeztu en *El Imparcial*:

Detrás de la falange libresca aparece el ejército de los folletos, en cuya confección son maestros el francés Etiévant y el italiano Malatesta. Luego viene el enjambre de periódicos. Sólo en Madrid se han estado publicando al menos tres semanarios anarquistas. En toda España pasa de la docena el número de periódicos libertarios. Alcanzan algunos una tirada de 12.000 números; vende el que menos 4.000 ejemplares. Tanto como los periódicos se propagan los libros. De *La conquista del pan*, por Kropotkin, se han hecho al mismo tiempo tres ediciones distintas y el número de ejemplares colocados no bajará de 20.000. Para dar una idea de lo que esto significa basta citar el hecho de que desde hace mucho tiempo ningún libro editado en España ha alcanzado tal éxito.

Para añadir más adelante, consciente de la notable transformación del modelo cultural:

Estos libros, folletos y periódicos no se leen de la misma manera que los otros, ni corren igual suerte. El libro burgués (aceptemos la palabra) una vez leído pasa a la biblioteca hasta que los hijos lo descubren si se vuelven curiosos al crecer. Pero el lector de las obras anarquistas, obrero por punto general, no tiene biblioteca ni compra los libros para sí solo. El firmante de este artículo ha presenciado la lectura de *La conquista del pan* en una casa obrera. En un cuarto que alumbraba quedamente una vela se reunían en las noches de invierno hasta catorce obreros. Leía uno de ellos trabajosamente; escuchaban los otros: cuando el lector hacía punto, sólo el chisporroteo de la vela interrumpía el silencio... (Maeztu, 1977: 176–178)

Lo que parece meridianamente claro es que la popularización del libro en nuestro país no vino con bagatelas románticas ni folletines de domingo: vino con el libro político libertario, lo cual suponía muchas cosas, entre otras una visión bastante menos pura y restrictiva del arte. O, de otro modo, con el libro anarquista, modesto por necesidad y ecléctico por vocación, la cultura dejó de ser privativa de las élites, diseñada y concebida por ellas y/o asimilada por un público convencido de la infabilidad de esas propuestas. El libro había llegado por fin al pueblo y recorría las calles como un fantasma.

Hay hechos que no dejan lugar a dudas. *Las doce pruebas de la inexistencia de Dios* de Sebastián Fauré, por ejemplo, fue editada por primera vez en España en 1916 por la Biblioteca de Tierra y

¹⁴ Las tiradas de libros políticos anarquistas empezaban a resultar ya casi ditirámicas aún dentro de la edición comercial. De una carta del editor F. Sempere a Unamuno fechada el 9 de marzo de 1909 que se conserva en el Archivo de Salamanca, se extraen datos singulares de las tiradas de algunos volúmenes de la propia editorial Sempere: “Kropotkin, *La conquista del pan*, 1ª edición, diciembre 1900, 4.000 ejemplares; ediciones posteriores, 3 de 6.000, una de 12.000, una de 12.000, dos de 8.000, total 50.000; venta en España 28.000, América, 22.000. Hoy agotada, vamos a reimprimir 8.000”. En la carta se citan asimismo otros libros de Kropotkin con indicación de los ejemplares puestos a la venta: “*Palabras de un rebelde*, 1ª edición de marzo de 1901, 8.000; dos posteriores de 6.000, venta en España 14.000, América, 5.000; *Campesinos, fábricas y talleres*, 1ª edición, febrero 1902, 6.000, tres posteriores de 4.000, venta en España, 6.000, América, 10.500”. Citada en Soriano y Madrid (2016: 16-17). Habría que tener en cuenta para una correcta valoración de la importancia de las tiradas de libros anarquistas que, por ejemplo, de *El Capital* de Marx se vendieron en España tan sólo 9.000 ejemplares de 1903 a 1910, en la misma editorial. Eso por lo que respecta a lo comercial, que llevó como ya hemos visto a la absorción de algunas editoras libertarias por casas editoriales convencionales siguiendo, claro está, el rastro del dinero.

Libertad, con traducción de Ángel Pestaña, en un folleto de 40 páginas que se vendía a 15 céntimos. En 1920 alcanzaba ya la 4ª edición en la misma Biblioteca de Tierra y Libertad, pero el libro había sido publicado también en 1917 por El Obrero Moderno y luego en 1922 por Biblioteca Acracia, y todavía en 1927 será reeditado por Vértice. La Revista Blanca había realizado seis ediciones del libro de Fauré para 1931 (Soriano y Madrid, 2016: 171). Del hoy clásico de Juan Ramón Jiménez *Platero y yo*, que aparece en fechas similares, 1914, hay una primera edición en Ediciones de la Lectura; vuelve a aparecer en Ediciones Calleja, en 1917, y ya no volvemos a encontrar otra edición en España hasta 1947, la de lujo de Gustavo Gili, que puso en la calle sólo 200 ejemplares.

No obstante, el éxito más notorio dentro de aquellos años de poder editorial libertario fueron las 35 ediciones que alcanzó el diálogo *Entre Campesinos* del gran teórico del anarquismo italiano Errico Malatesta. El texto lo publicó por primera vez en España una Agrupación de Propaganda Socialista de Sabadell en 1889, traducido por E. Álvarez, y ese mismo año ya lo serializó en prensa *Tierra y Libertad*. En 1891 José Chiti lo tradujo de nuevo para la Biblioteca Jóvenes Hijos del Mundo de Barcelona, y en 1893 José Prat hizo lo propio para la Biblioteca El Productor, en la que fue la más célebre de sus traducciones. El Progreso de La Coruña, la Idea Libre de Madrid, La Protesta de Valladolid, Juventud Libertaria de Barcelona, el Archivo Social de Igualada, Salud y Fuerza, Tierra y Libertad, Atlante de Barcelona, Acracia de Tarragona, la Biblioteca Económica de Úbeda, Vértice, la Juventud del Sindicato del Ramo de la Alimentación, el Sindicato de la Industria Siderometalúrgica de Barcelona, la Biblioteca Estudios de Valencia o la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias de Madrid contaron con el librito en sus catálogos (Soriano y Madrid, 2016: 251-252). Para 1938 *Entre Campesinos* sumaba ya la friolera de 35 ediciones sólo en editoriales marginales, todo un hito lejos del alcance de muchos premios Planeta de hoy día.

Como hito fueron, desde luego, entre los autores españoles, las 14 ediciones documentadas de la *Aritmética del Obrero*, modesto tomito de 150 páginas a 75 céntimos “para jornaleros no acostumbrados al sistema métrico decimal”, publicado originalmente en Aznalcóllar en 1909, por el zapatero y maestro racionalista gaditano José Sánchez Rosa, ya mencionado, que repitió fortuna con *El Abogado del Obrero* de 1912, cuya primera edición se agotó en un mes. Su “recopilación de leyes referentes a la clase obrera” llegó a alcanzar las diez ediciones sólo en la editorial sevillana Biblioteca del Obrero (Soriano y Madrid, 2016: 349-350). También deslumbran aún hoy los 60.000 ejemplares vendidos de *En tierras de Zapata*, reportaje sobre la revolución mejicana atribuido al panadero madrileño Mauro Bajatierra, publicado en 1920 por un Centro de Estudios Sociales de Tarragona (Soriano, 2002: 332-336) o los 74.000 que, estimados muy por lo bajo, debió vender el popularísimo poema épico anticlerical *¿Dónde está dios?*, folleto de 16 páginas del desconocido militante anarquista Miguel Rey que la Tipográfica La Academia puso en la calle por vez primera en 1889 y que, por mediación de la Biblioteca Ácrata de Barcelona, El Corsario de La Coruña, Los Incansables de Mahón, la Librería Sociológica de Buenos Aires, la Biblioteca del Obrero de Sevilla, Acracia de Tarragona, Salud y Fuerza, Tierra y Libertad o Vértice de Barcelona llegó a alcanzar 24 ediciones, siempre en editoras subterráneas y siempre al margen de los circuitos comerciales reglados (Soriano y Madrid, 2016: 335).

Sería injusto, sin embargo, atribuir únicamente a factores pecuniarios los ecos y reproducciones que en seguida van a redimensionar el fenómeno del libro obrero. Después de la caída de Primo de Rivera que, en cierto modo, fue el canto de cisne de la Restauración y de la monarquía misma, iba a generarse un agitado panorama político en el que casi había que hacerse sitio a codazos, y la experiencia y el éxito del libro popular anarquista no iba a ser desaprovechada. En un plano simbólico en todos aquellos procesos de “rehumanización” de la literatura, el fenómeno de la “poesía impura” y todos aquellos “donde dije digo digo Diego” que se dieron entonces; en un plano mucho más práctico, la revolución editorial anarquista representó una oportunidad fabulosa para la configuración ideológica de la hasta entonces inexistente “extrema izquierda burguesa” que, muy inspirada por aquellas experiencias, y calcando casi sus colecciones de política, novela social, reportajes de actualidad o monografías médico-sanitarias, aunque reorientándolas al republicanismo, iba a emprender su particular socavación del mercado editorial desde la revista *Post-Guerra*, luego convertida en Ediciones Oriente (1928), punto de partida del “movimiento editorial de avanzada”, que también tuvo su propio y vertiginoso ascenso y caída, si bien esta vez más debido a razones endogámicas que a la represión gubernamental¹⁵.

De manera que la historia del fenómeno de la revolución editorial anarquista a partir de 1923, primero represaliado por las fuerzas del orden político y cultural de aquella monarquía en crisis, y luego expropiado y reorientado sino malbaratado por la izquierda republicana en los años treinta, no pueden hacernos olvidar el descomunal impacto que el libro popular libertario tuvo en el contexto de la sociedad española de aquella primera transición: siglos de cultura burguesa, alimentados por la soberbia y el desprecio, habían podido tambalearse.

¹⁵ Para profundizar en el fenómeno, cfr. Fuentes (1980), Santonja (1986 y 1989) y Civantos Urrutia (2013 y 2017).

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÓ GÜELL, Teresa (1997). *El movimiento obrero en España, siglos XIX y XX*. Barcelona: Hipotesi.
- ALAIZ, Felipe ([1936] 2012). *El arte de escribir sin arte*. Madrid: Berenice.
- BAR, Antonio (1981). *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*. Madrid: Akal.
- BOOKCHIN, Murray (2000). *Los anarquistas españoles. Los años heroicos 1868-1936*. Valencia: Numa Ediciones.
- BOURDIEU, Pierre ([1992] 1995). *Las reglas del Arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- CENDÁN PAZOS, Francisco (1972). *Edición y comercio del libro español (1900- 1972)*. Madrid: Editora Nacional.
- CIVANTOS URRUTIA, Alejandro (2013). “La revolución editorial de El Nuevo Romanticismo”. VICENTE HERNANDO, César de (ed.). *Una Generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935)*. Doral: Stockcero: 125-144.
- CIVANTOS URRUTIA, Alejandro (2017). *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero (1917-1931)*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- DAVAMESK. “Dinamita cerebral. Novelerías explosivas”. *Vacaciones en Polonia 5. Literatura y Dinamita 5* (2011): 202-215.
- DÍAZ DEL MORAL, Juan ([1928] 1979). *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas-Córdoba*. Madrid: Alianza Editorial.
- ESTEBAN GONZALO, José “[Nakens](#)”. *Izquierda Republicana* (2002).
- FEDERICI, Silvia ([2004] 2017). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis (1982). *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*. Madrid: Gredos.
- FUENTES, Víctor (1980). *La marcha al pueblo de las letras españolas 1917-1936*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- GÓMEZ CASAS, Juan (1968). *Historia del anarcosindicalismo español*. Madrid: Editorial Zyx.
- GRAMSCI, Antonio ([1967] 1973). *Cultura y literatura*. Barcelona: ediciones Península.
- ÍÑIGUEZ, Miguel (2008). *Enciclopedia histórica del anarquismo español* (tres tomos). Vitoria: Asociación Isaac Puente.
- LITVAK, Lily (1990). *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona: Anthropos.
- LITVAK, Lily ([1981] 2001). *Musa Libertaria. Arte literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo (2ª edición).

- LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ, Luis. “Mentalidad y cultura obrera en la España de entresiglos: vindicaciones, planteamientos e incertidumbres historiográficas”. *Historia Contemporánea* 24 (2002): 389-427.
- MADRID, Francisco (1989). *La prensa anarquista y anarcosindicalista desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil* (tesis doctoral). Barcelona: Universidad Central.
- MADRID, Francisco. “La cultura anarquista en los albores del S.XX”. *Revista Germinal* 2 (2006): 3-13.
- MADRID, Francisco (2007). *Solidaridad obrera y el periodismo de raíz ácrata*. Badalona: ediciones Solidaridad Obrera.
- MAEZTU, Ramiro de (1977). *Artículos desconocidos* (edición, introducción y notas E. Inman Fox). Madrid: Castalia.
- MAINER, José Carlos (1986). “Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1939)”. VVAA. *Literatura popular y proletaria*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad: 53-124
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A (2001). “De la lectura popular a la lectura militante”. MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir.). *Historia de la Edición en España: 1836- 1936*. Madrid: Marcial Pons: 479-483.
- MATEOS, Abdón. “José Hermoso Plaja”. *Cátedra del Exilio* (2012).
- MAURICE, Jacques (1990). *El anarquismo andaluz*. Barcelona: Crítica.
- MENGUAL, Josep. “Tomás Herreros Miquel, pionero del libro obrero”. *Negritas y cursivas* (2018).
- MENGUAL, Josep. “El muy prolífico traductor anarquista José Prat”. *Negritas y cursivas* (2018).
- NAVARRO, Javier (2004). *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano*. Valencia: Universitat de Valencia.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1997). “La formación de la clase obrera: una creación cultural”. CRUZ, Rafael (ed.). *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial: 201-224.
- RANCIÈRE, Jacques (2010). *La noche de los proletarios*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- SANTONJA, Gonzalo (1986). *Del lápiz rojo al lápiz libre*. Barcelona: Anthropos.
- SANTONJA, Gonzalo (1989). *La República de los libros*. Barcelona: Anthropos.
- SORIANO, Ignacio (2002). *Hermoso Plaja Saló y Carmen Paredes Sans. El anarquismo silencioso 1889-1982* (tesis doctoral). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- SORIANO, Ignacio y MADRID, Francisco (2001). *Antología Documental del anarquismo español, vol. I. Organización y Revolución*. Barcelona: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- SORIANO, Ignacio y MADRID, Francisco ([2007] 2016). *Antología documental del anarquismo español. Vol. VI.I Bibliografía del anarquismo en España, 1868-1939* (8ª ed. corregida y aumentada).
- TROTSKI, León ([1969]1971). *Sobre arte y cultura*. Madrid: Alianza.

- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1973). “La burguesía y la formación del poder oligárquico 1875-1914”. *Estudios sobre el S. XIX español*, Madrid: siglo XXI: 155-239.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1977) *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid-Barcelona: Taurus/ Laia (2ª edición).
- TUÑÓN DE LARA, Manuel ([1966] 2000). *La España del S. XX* (3 volúmenes). Madrid: Akal (3ª edición).
- ZAKOPANE. “Tinta Negra”. *Vacaciones en Polonia 5. Literatura y Dinamita 5* (2011): 216-247.